

## HISTORIA DEL CAFE

Escribe: FERNANDO SERPA FLOREZ

“Adorne la ladera el cafetal...” Andrés Bello. “La Agricultura de la Zona Tórrida”.

Saber la época en que la humanidad adquirió para su acervo alimenticio una especie animal o vegetal cualquiera, no deja de prestar dificultades. Fijar tan solo cuándo el hombre de carnívoro pasó a ingerir alimentos vegetales (y saber si fue primero carnívoro que vegetariano). Señalar cuándo comenzó a domesticar los animales, para por medio de ellos alimentarse y cubrirse. O apreciar, aproximadamente, el tiempo en que su ingenio le enseñó el cultivo de las plantas, es algo que está muy cerca del terreno de las conjeturas y cuya respuesta nos colocaría a miles de años del presente, en la prehistoria en el primer caso o, en el segundo, en la edad nómada del hombre, cuando discurría por el mundo llevando sus ganados hasta sitios en donde hubiese aguas y pastos con qué alimentar a los rebaños y, más luego —en el tercer caso— con el nacimiento de la agricultura en los albores de la civilización.

Circunscribiéndonos al café, por tratarse de un hábito al mismo tiempo que de un alimento cuya incorporación en las costumbres es relativamente reciente, existen mayores facilidades para localizar su aparición en una época determinada y, especialmente, su llegada a los países occidentales con más o menos aproximación, así como la entrada luego a la América y, en particular, a nuestro país.

En la historia del café también hay algo de leyenda, que como el aroma del preciado fruto al ser tostado, la impregna de un perfume especial y le da uno de sus más amables encantos.

La planta procede de Abisinia, posiblemente de la región de Kaffa, de donde han deducido algunos investigadores de la semántica, su nombre (en árabe “Kahwa o cahwe”).

El conocimiento de las propiedades de la planta puede remontarse al siglo IX, según la obra de Dufour “*Traitées Nouveaux et Carieux du Café, du Thé et du Chocolat*”, aparecida en 1684, quien afirma que Rhazes, médico árabe de dicho siglo y luego Avicena, el célebre filósofo y médico que comentó a Aristóteles, se refirieron al café, cuando hablaban de las propie-

dades de la bebida denominada **bunchun**. Para otros, fue el sheik Omar, hacia el siglo trece, el descubridor de las virtudes del café, cuando se hallaba desterrado en el desierto. Los escritores orientales y luego sus traductores, colman la historia de este acontecimiento de tanta fantasía, que no se puede saber a ciencia cierta qué hay de verdad y de leyenda en el relato.

De otra parte, el maronita Fauto Narvone, publicó en 1671 en Roma, una historia, que aunque de autenticidad incierta "vale bien su prosa", en que narra cómo el hombre conoció las cualidades del café. Hallábase un humilde pastor de cabras y de camellos una noche, como de costumbre, apacentando sus rebaños en un sitio donde casualmente había varias plantas de café silvestre, cuando he aquí que observó cómo los animales a su cuidado estaban nerviosos. Ariscos e inquietos, desasosegados e insomnes, causaron la extrañeza del humilde hombre, que no pudo menos de narrarla a un sacerdote, quien con la buida perspicacia de los derviches, se dio cuenta de que los animales habían ingerido las hojas y los frutos del café. Probó de la planta el sacerdote, observó en él los efectos y se convirtió en el principal propagandista del café.

De Etiopía el café pasó, hacia el siglo XV, a la Arabia. En el Yemen, donde se cultivó después intensamente, fue introducido por el jeque Shéhab Eddin Dhabani, quien conociendo su virtud de producir insomnio, lo suministró a los sacerdotes mahometanos para que pudiesen, en las noches serenas de Arabia, elevar sus plegarias a Alá, sin ser vencidos por el sueño.

El café produjo entre los árabes, como iría a producir en los demás pueblos a medida que su costumbre se fue extendiendo, diversas reacciones, encaminadas casi siempre hacia la prohibición, para lo cual se alegaban motivos de higiene como religiosos. Del Yemen a Adén y de allí a la Meca el café ganaba adeptos. A finales del siglo IX de la égira (1511 de nuestra era), causó la consternación del sultán Khait Bey, al hallar que era bebido en la mezquita. El sultán lo confundió con el vino, que anatematizó el profeta, lo que hacía más grave aún la profanación. El señor de la Meca, extrañado por la bebida y sabedor de la difusión que en el país había alcanzado, reunió un consejo de notables para que conceptuaran de los efectos de la infusión sobre el cuerpo y el alma de las gentes. Los consejeros del sultán, a su turno, solicitaron la opinión de dos médicos persas quienes fueron de parecer desfavorable por tratarse de una bebida "fría y seca". Sin embargo, el café se impuso a la larga. Que seguramente Mahoma, de haberlo conocido, tampoco lo prohibiera.

El café pasó a Egipto, y de allí, los comerciantes venecianos y los marselleses que lo traían de Moca, a través de Suez y con escala en Alejandría, lo introdujeron en Europa.

En el siglo XVII el café hace su aparición en las cortes de Europa, causando revuelo y comentarios contradictorios. Un Papa, Clemente VIII, zanja la discusión de si es permitida a los cristianos esta bebida diabólica de infieles, y con palabra irónica dice que, para quitar al demonio una bebida tan grata, lo mejor es bautizarla.

El canciller Bacon escribió sobre la bebida, con su sagaz y multifacética pluma. En Roma y luego en París se bebió el café. En la capital de Francia correspondió al embajador turco Solimón Aga, hacer en su favor una campaña de proselitismo que tuvo excelentes resultados.

Poco a poco la costumbre se fue arraigando y se crearon entonces establecimientos especiales para ingerir la infusión, al estilo de los ya existentes en el cercano oriente. Decorados con sobria elegancia y en un ambiente serio y distinguido, los caballeros discutían mesurada y espiritualmente los acaeceres diarios. Desde el famoso café de Procopio, frente al teatro de la Comedia, en París, los establecimientos iban adquiriendo fisonomía peculiar en las ciudades; en muchos de ellos se daban cita los políticos y revolucionarios para planear sus golpes; en otros, los poetas, los bohemios y los literatos se reunían; este paréntesis lo podríamos cerrar con el café de Pombo, en Madrid, que magistralmente nos describe Ramón Gómez de la Serna, o con nuestros cafés bogotanos de la vida de estudiantes en que tantos ratos amables y tantos recuerdos inolvidables se quedaron impregnados del aroma del café y enredados en las azules y blancas volutas del humo de los cigarrillos...

La demanda europea iba en aumento y la producción africana no daba abasto. Los holandeses llevaron el cultivo de la planta a sus posesiones de Oceanía a fines del siglo XVII y los ingleses a sus colonias del Asia y Africa. Los franceses trajeron el cafeto a sus islas del Caribe; la planta, enviada por el gobierno de Francia a la isla de Martinica, descendía del arbusto que comerciantes holandeses obsequiaron al Rey Sol y que éste tuvo primero en sus bosques de caza de Marly y luego hizo trasladar al Jardín de Plantas. La aventura del capitán de Clueux, narrada por él mismo, de las peripecias sufridas durante el viaje que hizo con la débil planta a través del Atlántico, en 1728, es una nueva página de la llegendaria historia del café: el velero, debido a contratiempos de navegación, demoró la travesía, el agua dulce escaseaba entretanto y el capitán de Clueux compartió su ración de ella con el precioso vegetal puesto a su cuidado.

En las zonas tropicales de América, el café encontró medio óptimo para crecer y fructificar. La disposición del suelo en los climas medios ("civilización de laderas") y, precisamente, la existencia de dichos climas medios en pleno trópico en virtud de las elevaciones montañosas que hacen descender la temperatura ambiente y el régimen de lluvias, que presta la humedad requerida, todo se reunió para hacer de nuestros países, productores del café en gran escala.

#### HISTORIA DEL CAFE EN COLOMBIA

A Colombia, el cultivo de la planta, que habría de redimirnos de la quiebra segura que se vislumbraba al perder los mercados del tabaco, la quina y el añil, del primero, debido a las contiendas civiles que arruinaron las plantaciones; de la quina, a causa de los grandes cultivos que con mano de obra baratísima y científicamente planeados emprendieron ingleses y holandeses en Asia y Oceanía; y los mercados de añil, por último,

en virtud del descubrimiento de las tinturas químicas sintéticas, las anilinas, realizadas por los alemanes y que, luego, —paradojas del destino— serían la base para el hallazgo de las sulfonamidas, seguramente llegó por Venezuela.

El cultivo comercial del café, se inició a principios del siglo XIX en Cúcuta y Salazar de las Palmas (departamento del Norte de Santander); don Diego Monsalve, no obstante, con documentos muy veraces, sostiene que hacia 1750 el café ya se cultivaba en Santa Marta, Riohacha y Muzo; Hernández Mesa, por su parte, sostiene que las primeras plantas de café fueron traídas por los jesuitas, de la Guayana Holandesa, al Orinoco (1723) y de allí pasó el cultivo a Popayán en 1732.

Gentes de aguileña inteligencia, comprendieron las ventajas que al país reportaría la aclimatación y el cultivo de la planta y fue así como el café comenzó a extenderse en nuestro suelo. Surgen aquí, entonces, personajes de tan seductora prestancia como aquel sacerdote Francisco Romero, de Bucaramanga, que en su empeño como adalid de la propagación del cafeto, es fama que no dudaba en imponer a sus feligreses, después de la confesión y en lugar de las oraciones de la penitencia, la siembra de una o varias plantas del precioso vegetal; o don Manuel Murillo Toro, el prodigioso estadista del radicalismo, que plantó los primeros cafetales de Cundinamarca, con fines de formar la industria, en la región de Guaduas hacia 1864, con semillas traídas personalmente de Venezuela, o, en Antioquia, don Mariano Ospina Rodríguez, quien hacia el año de 1871, emprendió, por primera vez, el cultivo de la planta en grande escala y con fines comerciales. Dos expresidentes de Colombia, el primero célebre por su inquebrantable lucha por la libertad, el segundo, septembrista en su juventud, quien escribiría luego la norma de uno de los partidos tradicionales de Colombia, en su fervor patriótico previeron la singular importancia que para el país tendría el café.

A renglón seguido de aparecer en nuestra patria las grandes plantaciones, aumenta la exportación del grano a los principales centros de consumo mundial, hasta colocarse a la cabeza de las exportaciones, constituyendo un factor imprescindible, hoy por hoy, en el equilibrio de nuestra balanza comercial y de pagos.

La Nación crea institutos para el cultivo científico de la planta y la protección de un precio equitativo para nuestra primordial industria. La Federación Nacional de Cafeteros, fundada en 1927, se preocupa, con alentadores resultados, por estos dos aspectos de la industria.

La historia del café llega al presente. Y nos encontramos entre los problemas que engendra el monocultivo y la monoexportación. Corresponde ahora a las gentes actuales estudiar la forma cómo superaremos las dificultades que la caída de los precios del café están causando en la economía y comprendemos que el auge de los cultivos en Africa debe orientarnos hacia otros horizontes: el incremento de la ganadería, que nos ayudará a producir proteínas que con tanta urgencia necesita la humanidad y la industrialización del país, para lo cual se requiere una mayor educación y mejor preparación tecnológica de nuestros compatriotas.